

GEORGES SOREL, *Reflexiones sobre la violencia*, Alianza Editorial, Madrid, 2005.  
404 páginas.

*La liberación de los trabajadores será  
hecha por los trabajadores mismos o no será*  
Lema de la Primera Internacional

Quienes elijan adentrarse en este libro descubrirán una obra en su forma asertiva, contundente, voraz, abrumadora en ocasiones e incómoda casi siempre. Sobre todo esto último, incómoda, como lo fue su autor; un personaje singular y provocador que pretendió que cada una de las líneas que escribió —y que utilizó como arma arrojadiza contra sus enemigos, aunque con diferente suerte y brillantez— cuestionara los modos, las formas y los universos de sentido que dominaban la cuestión política de su tiempo.

En el pensamiento de Sorel es fundamental la centralidad y superioridad de aquello que consideró como un absoluto universal e inmutable: las cuestiones morales. O si se quiere, por ser más ajustado a su natural pesimismo antropológico y su combativo pensamiento, Sorel fue un tenaz perseguidor de *lo inmoral*. La singularidad de su vida no tendría mayor relevancia si no fuera porque en ningún momento guardó coherencia con lo predicado y denunciado en su obra. Esta incoherencia es el resultado de la contradicción entre un teórico radical de la acción y un hombre que vivió apartado de todo vínculo social y afectivo, tanto de sus homólogos —filósofos y teóricos de la ciencia política— como del proletariado, al que consideraba portador absoluto de los valores morales auténticos. Sorel acabó convirtiéndose en todo aquello que criticó: un

intelectual solitario, un marginal, un excéntrico, un demagogo, un productor de meras palabras —así llamaba a los socialistas parlamentarios y a los sociólogos— y sobre todo, un enemigo de la democracia. Por tanto, habrán de tomarse algunas prevenciones antes de enfrentarse a un texto al que pueden aplicarse adjetivos que basculan entre provocador, subversivo, desordenado, actual, retrogrado en ocasiones, irónicamente inmoral por momentos y con trazos de una insoportable e incómoda genialidad. Su obra es reflejo de una personalidad que no deja indiferente a quién la lee y mucho menos a quiénes sufrieron sus críticas y excesos verbales en una Francia que, a caballo entre los siglos diecinueve y veinte, ya post-revolucionaria ya post-napoleónica, se enfrentaba al advenimiento de la burguesía y *El Capital*. La obra de Sorel debe contextualizarse en este periodo de incertidumbres, nuevas ideologías, reactualizaciones de las estructuras sociales y económicas y escándalos políticos —capaces de ocasionar fracturas de corte antisemita como fue el caso Dreyfus—, y en el marco de una Europa que se modernizaba de la mano de un capitalismo que se tornaba hegemónico —también en sus expresiones más radicales y antiliberales como las que dieron lugar al nazismo alemán, el fascismo italiano y, a principios de siglo, la revolución bolchevique en la Rusia zarista.

Señalaré algunas de las cuestiones teóricas más relevantes del texto con el objeto de ver en qué medida sus ideas pueden ser útiles para entender lo contemporáneo. Esto nos va a permitir, además, hacernos una idea de las influencias recibidas por el autor y las aportaciones posteriores de su provocador pensamiento. De esta forma constataremos cómo y por qué Sorel es considerado uno de los padres fundadores del anarcosindicalismo o sindicalismo revolucionario y, en la misma línea, aunque con un devenir político de signo aparentemente opuesto, vislumbraremos pequeñas pinceladas sobre su influencia en los orígenes teóricos del fascismo italiano o —como ya han señalado otros autores— en el nacional-sindicalismo *joseantoniano*.

En Sorel “el hombre” es un ser creador que sólo puede realizarse cuando crea; es ante todo un productor que se expresa a través de su obra, igual que un artista o un escultor que talla la piedra. Desde esta concepción naturalizada de las esencias humanas, que tanto recuerdan al romanticismo alemán, es desde donde Sorel va a criticar el determinismo de Karl Marx y el racionalismo, pues para él nada es previsible en la mente humana, a pesar de sociólogos ilustrados y demagogos utópicos. Sorel critica en Marx su determinismo histórico y su pretensión de adueñarse del futuro, es decir, dibujar de forma irresponsable y utópica el horizonte de la dictadura del proletariado y el fin último —el fin de la historia— de la desaparición del Estado. Sorel entiende que la vida es una batalla permanente donde todo está por hacer y nada es previsible, por lo tanto

nada se puede augurar como probable en las ciencias del hombre, ni siquiera por medio de la razón. Es absurdo, pues, tratar de reducir los problemas de la existencia humana —problemas morales— a una cuestión de medios, esto es, de técnica. Aplicar sistemas de ideas desvinculadas de la acción a los seres humanos o tomar nuestras propias construcciones teóricas como leyes universales e inmutables sólo puede traer las más funestas consecuencias. En este sentido, la crítica de Sorel a la Revolución Francesa y al racionalismo ilustrado, con constantes referencias a las “ejecuciones legales” en nombre de los valores que la sustentaban, es manifiesta en toda su obra. Sorel es un antiliberal, un anticartesiano y un apologista indisimulado<sup>1</sup> de la violencia, pero al menos, como él mismo señala, no la adorna de eufemismos legales y disfraces judiciales. Al igual que Kant y los románticos, Sorel hace descansar todo el valor de “los hombres” en el carácter y en la motivación, añora una vuelta a los valores “del robusto campesino” y la calidad de vida por encima de valores materialistas y hedonistas, concepción que se asemeja claramente a la *virtù* del Renacimiento. Igual que en G. W. Friedrich Hegel, para Sorel los humanos —a modo de tragedia griega— son autores y actores.

Otra constante en toda su obra son las duras críticas que vierte sobre el socialismo parlamentario de su tiempo. Para Sorel éste se había domesticado en los parlamentos plegándose al carácter pactista del parlamentarismo liberal y burgués, al que por otra parte atribuye el papel sustentador y

<sup>1</sup> Sirva como muestra el título del apéndice II del libro, “Apología de la violencia”.

legitimador de un sistema político *partido-crático*, esto es, inmoral. El socialismo parlamentario propugnaba por entonces que el voto había sustituido al fusil y, para Sorel, eso suponía vaciar de contenido la lucha de clases, pues seguían utilizando un lenguaje marxista aunque ajeno a Marx. La lucha de clases, dice Sorel, es la esencia del socialismo. Y la *huelga general*, entendida como un fenómeno bélico de afirmación proletaria, es por extensión la revolución social que, como mito, llevará finalmente a suprimir todo un régimen y crear una nueva civilización. El mayor acierto de Marx según Sorel, es su visión de la lucha de clases como motor del cambio social. La lucha es creación y su vanguardia la clase trabajadora, que movida por el sentido de justicia —valor absoluto para el autor— y la indignación, llevará a cabo una revolución social que destruirá el estado burgués, dando paso a una nueva civilización de productores, a diferencia de la civilización de su tiempo que, según Sorel, era sólo de consumidores. Los sentimientos que deberán apelarse para llevar a cabo la guerra social no serán la envidia ni la venganza —sentimientos que considera dominantes en la revolución burguesa del siglo dieciocho—, sino el honor a modo de ejército napoleónico: “La guerra hecha a plena luz, sin ninguna atenuación hipócrita, con miras a aplastar a un enemigo irreconciliable... Por ello la apología de la violencia me es particularmente útil” (p. 352).

Así pues, para Sorel la lucha de clases es la esencia del socialismo, y se expresa a través de la huelga general proletaria. Se antoja imprescindible señalar, por sustantiva y central en toda la obra, su teoría sobre los mitos —de evidentes influencias bergsonianas—, en la que es fundamental

tener en cuenta los sentimientos de las masas para luego modificarlos con imágenes sugestivas a modo de expresiones de voluntad. La huelga general actúa como mito, y determinados mitos son necesarios para la revolución social, pues “ciertas construcciones de un porvenir indeterminado en el tiempo pueden poseer gran eficacia y muy pocos inconvenientes” (p. 178). Sorel sustituye el contenido racionalista (utópico) del marxismo por los mitos, a los que desplaza del intelecto para instalarlos en la afectividad y en la actividad. Si todo movimiento viene motivado por la acción, la pretensión del autor es destruir toda estructura económico-jurídica por medio de la violencia proletaria. A la idea ilustrada de progreso, Sorel opone la de catástrofe. Por eso niega la negociación con la burguesía liberal y crítica duramente al socialismo parlamentario. Si la teoría de los mitos es el motor de la revolución social, la violencia es su instrumento.

Las pequeñas prevenciones a las que me refería antes tienen que ver con la ausencia gradual de coherencia argumental y con el devenir político del propio autor, amén de la imposibilidad de encasillarlo en una escuela de pensamiento concreta —aunque esto último como premisa para entender lo contemporáneo suscite cierto alivio más que un obstáculo apriorístico. Sorel es por momentos marxista, pero critica el determinismo histórico y su exceso énfasis en la economía así como la ausencia de valores morales absolutos; en otros momentos hace una encendida defensa de la violencia proletaria para luego arremeter contra los excesos *guillotinizadores* de la Revolución Francesa; defiende a Lenin y sin embargo, acabó abrazando el

fascismo de Benito Mussolini; por momentos es esencialista en su concepción de la naturaleza humana para luego reivindicar el carácter creador y creativo de la misma; apela al honor de los ejércitos imperiales de Napoleón como valor absoluto, pero repudia los intentos de la burguesía y del socialismo parlamentario de desmovilizar y vaciar de contenido la lucha de clases para convertirla en lucha entre naciones. Nos encontramos así ante un autor leído tanto en círculos de extrema derecha, como izquierdistas o simplemente nacionalistas, inspirador de ambos extremos políticos y de un buen número de jóvenes revolucionarios. Sin embargo creo que es de justicia destacar su figura como azote de los dogmas y los lugares comunes en los que se habían postrado los ideales ilustrados de su época. Sus ideas contribuyeron entonces y nos invitan aún, con una vigencia y actualidad que inquieta por momentos, a entender de forma crítica lo contemporáneo y a deconstruir el ideal racionalista de un siste-

ma social armonioso donde las cuestiones humanas —cuestiones morales, recordemos, para él— queden reducidas a meras cuestiones técnicas. Sorel fue un autor que analizó los sucesos de la vida social y política de su época desde una muy particular visión del mundo y de la política. Sus influencias filosóficas siempre fueron reconocibles, manifiestas y en ocasiones contradictorias; si en una primera etapa sus autores de referencia fueron Marx y Lenin —a los que terminó reprobando— finalmente fueron Henri Bergson, Gustave Le Bon y José Ortega y Gasset los filósofos que más influyeron en su pensamiento. No obstante, lo que siempre es una constante en su obra —y aquí es donde quizás encontremos al Sorel más brillante y recomendable— es el cuestionamiento moral y filosófico de los paradigmas científicos hegemónicos de su época: el racionalismo y el determinismo histórico.

JUANMA DEL POZO